

sustancia puede echarse en el vino ó en el café. Inmediatamente transportan ustedes á nuestro hombre á la cama y le desnudan para auxiliarle mejor. Aprovechando un momento en que queda usted sola, le dará una palmada en el hombro, ¡paf! y verá usted aparecer las letras.

— Pues eso no es nada, dijo Poiret.

— ¿Conque consiente usted? preguntó Gondureau á la solterona.

— Una pregunta, señor mío. Si no hubiera tales letras, contestó ésta, ¿me darán los dos mil francos?

— No.

— ¿Cuál sería en ese caso la indemnización?

— Quinientos francos.

— ¡Hacer semejante cosa por tan poco! En conciencia, la acción es la misma, y yo tengo una conciencia que satisfacer.

— Le aseguro á usted, dijo Poiret, que esta señorita tiene mucha conciencia, además de ser persona muy amable y muy inteligente.

— Una proposición, repuso la solterona: déme usted tres mil francos si es *Engaña-la-Muerte*, y nada si es un simple burgués.

— ¡Convenido! replicó Gondureau, pero á condición de que el negocio quedará ultimado mañana.

— No tan pronto, querido señor; primeramente consultaré á mi confesor.

— ¡Lagarta! dijo el agente levantándose. Pues hasta mañana. Y si se les ofrece hablarme con urgencia, me buscan en la callejuela de Santa Ana, al fin extremo del patio de la Santa Capilla. No hay más que una puerta

en la galería, y preguntan usted por el señor Gondureau.

Llamóle la atención á Bianchon, que volvía de la clase de Cuvier, aquel nombre de *Engaña-la-Muerte*, y también oyó el ¡*convenido!* del célebre jefe de la policía secreta.

— ¿Por qué no acaba usted ya con ese asunto? ¡Son trescientos francos de renta vitalicia, dijo Poiret á su compañera.

— Hay que pensarlo bien. Porque si Vautrin fuese realmente ese *Engaña-la-Muerte*, pudiera ser que me conviniera más entenderme con él. Esto, no obstante, pedirle dinero sería prevenirle, y sería capaz de escapar *gratis*, lo cual resultaría un *timo* espantoso.

— Y aunque eso le sirviera de aviso, ¿no ha dicho ese señor que está vigilado? repuso Poiret. Pero usted lo perdería todo.

« Por otra parte, pensó la Michonneau, ese hombre no me gusta nada. Sólo sabe decirle á una cosas desagradables. »

— Pero, continuó Poiret, no lo hará usted así, porque según ha dicho ese señor, que me parece muy decente y que además va muy bien vestido, librar á la sociedad de un criminal, por virtuoso que éste pueda ser, es acto de obediencia á las leyes. El que hace un cesto hace ciento. ¿Y si se le antojara asesinarlos á todos? Pues resultaríamos nosotros responsables de los asesinatos, sin contar con que seríamos los primeros perjudicados.

La preocupación de la Michonneau impedíale escuchar las frases que una á una iban cayendo de la boca de Poiret como gotas de agua que se filtran al través

del mal cerrado grifo de una fuente. Cuando el viejo comenzaba á ensartar frases continuaba hablando, si la Michonneau no la detenía, como una máquina puesta en movimiento. Comenzaba un tema, y de paréntesis en paréntesis pasaba á otros, completamente ajenos al primero y entre sí, sin terminar ninguno. Al llegar á casa de la viuda de Vauquer habíase embreñado en una serie de pasajes y citas transitorias para venir á contar su declaración en la causa del señor Ragoulleau y de la señora Morin, en la cual había comparecido como testigo de descargo. Al entrar no dejó su compañera de notar á Eugenio de Rastignac enzarzado con la señorita Taillefer en íntima conversación, cuyo asunto era tan palpitante que la pareja no se cuidó para nada de la presencia de los dos viejos pupilos cuando atravesaron por el comedor.

— Tenía que acabar así, dijo la Michonneau á Poiret. Hace ocho días que se estaban echando unas miradas que partían los corazones.

— Sí, contestó Poiret, y por eso la condenaron.

— ¿A quién?

— A la señora Morin.

— La estoy hablando á usted de Victorina, dijo la Michonneau, entrando, por descuido, en el cuarto de Poiret, y me habla usted de la señora Morin. ¿Qué mujer es ésa?

— ¿Pero de qué es culpable Victorina?

— Es culpable de amar á Eugenio de Rastignac. Se está entusiasmando, la muy inocente, sin calcular en lo que eso puede acabar.

Aquella mañana, Eugenio había vuelto irridadísimo

de casa de la señora de Nucingen, que seguía rehúndose. El estudiante habíase abandonado completamente á Vautrin en su fuero interno, sin querer saber los motivos de la amistad de aquel hombre extraordinario ni las consecuencias de semejante alianza. Para arrancarle al abismo en que una hora antes había puesto los pies, cambiando con Victorina las más tiernas promesas, era preciso un milagro. La pobre niña creía escuchar la voz de un ángel, abríase el cielo para ella, adornábase la casa Vauquer con esos fantásticos tonos que dan los pintores escenógrafos á los palacios de teatro: amaba, era amada, ¡por lo menos lo creía! ¿Y qué mujer no lo hubiera creído como ella viendo á Rastignac y escuchándole durante aquella hora hurtada á los Argos de la casa? Luchando con su conciencia, sabiendo que hacía mal y haciéndolo, diciéndose que rescataría aquel pecado venial al precio de la felicidad de una mujer, su propia desesperación le embellecía, resplandeciendo en él todos los fuegos del infierno que albergaba su corazón. Por fortuna para él, realizóse el milagro: Vautrin entró alegremente y leyó en el alma de los dos jóvenes, á quienes por las combinaciones de su genio infernal había unido, pero turbó su alegría cantando con su voz gruesa y zumbona:

Mi Paquilla es deliciosa

En su sencillez...

Escapóse Victorina, llevándose consigo tanta felicidad como desgracia había en toda su vida anterior. ¡Pobre niña! Un apretón de manos, los rizos de Rastignac rozando sus mejillas, una palabra dicha tan al

oído, que había sentido el calor de los labios del estudiante, la presión de un brazo trémulo en torno de la cintura, y un beso dado por sorpresa en el cuello fueron las arras de su primera pasión, á las que la proximidad de la gruesa Silvia, quien de un momento á otro amenazaba entrar en el á la sazón radiante comedor, hacían más ardientes, vivas y persuasivas que los más hermosos testimonios de apasionado cariño referidas en las más célebres historias de amor. Estos pequeños atrevimientos parecían crímenes á una joven piadosa que se confesaba cada quince días. Años después, siendo ya rica y feliz, no hubiera podido prodigar tantos tesoros de su alma, aun entregándose por completo, como en aquella sola hora.

— Negocio concluído, dijo Vautrin á Eugenio. Nuestros dos *dandys* han chocado. Todo ha sucedido correctamente. Cuestión de opiniones. El palomo ha insultado á mi halcón. El lance será mañana en el reducto de Clignancourt. A las ocho y media, la señorita de Taillefer heredará el cariño y la fortuna de su padre mientras esté aquí mojando tranquilamente en su café rebanaditas de pan con mantequilla. ¿Verdad que es chusca la cosa? El chico de Taillefer es un buen tirador de espada, y confía mucho en sus fuerzas, pero caerá con una estocada de mi invención, que consiste en levantar el arma y pinchar en la frente. Se la enseñaré á usted, porque es formidablemente útil.

Como si se hubiera vuelto imbécil de repente escuchaba Rastignac, y sin saber qué replicar. Mientras tanto fueron llegando Goriot, Bianchon y otros huéspedes.

— Así le quiero á usted, es usted de los que saben lo que hacen. Usted llegará á dominar á los hombres. Es usted fuerte, tiene usted alma. ¡Bien por mi aguilucho! Tiene usted mi estimación.

Y quiso cogerle la mano. Rastignac retiró vivamente la suya, palideció y se dejó caer en una silla. Creía tener delante un charco de sangre.

— ¡Bah! dijo Vautrin en voz baja, todavía tiene usted algunas manchas de virtud en los pañales. Papá Taillefer tiene tres millones, conozco su fortuna. La dote le dejará á usted blanco como un traje de novia, hasta para la propia conciencia.

Ya no vaciló Eugenio. Resolvió ir aquella misma noche á prevenir á los Taillefer de lo que ocurría. Habíase apartado de él Vautrin, por lo que, aprovechando Goriot la oportunidad, le dijo al oído:

— ¡Está usted triste, hijo mío! Venga usted conmigo que le voy á poner alegre.

Y el antiguo fabricante de pastas, encendía, mientras, una vela á una de las lámparas. Eugenio le siguió lleno de curiosidad.

— Iremos á su cuarto, si no le parece mal, dijo el buen hombre, que había tenido la precaución de pedir á Silvia la llave del cuarto del estudiante. ¿Conque creyó usted esta mañana que ella no le amaba? continuó. Le echó á usted de casa, y usted se volvió furioso y desesperado. ¡Tontuelín! Era que me esperaba. ¿Comprende usted? Teníamos que ir juntos á acabar de amueblar un cuartito como una tacita de plata, al que irá usted á vivir dentro de tres días. No me venda usted, porque ella quiere sorprenderle; pero

yo no puedo guardar más tiempo el secreto. Vivirá usted en la calle d'Artois, á dos pasos de la de San Lázaro, y estará usted como un príncipe. Le hemos comprado á usted muebles como para una novia. Mucho hemos trabajado durante un mes sin decirse lo á usted. Mi procurador ha tomado ya cartas en el asunto, de modo que Delfina tendrá la renta de su dote, treinta y seis mil francos al año. Además, voy á colocar los ochocientos mil francos de capital en buenos bienes raíces.

Mudo, con los brazos cruzados, paseándose por su pobre cuarto desordenado: tal era la actitud de Eugenio. Papá Goriot, aprovechando un momento en que el estudiante volvía la espalda, colocó sobre la chimenea una caja de tafílete encarnado en el que estaban impresas en oro las armas de Rastignac.

— Querido hijo mío, decía el buen anciano, me he metido en este asunto hasta las narices, pero crea usted que ha sido más bien por egoísmo, porque á nadie interesa más que á mí la mudanza de usted. De modo que, si ahora le pido á usted un favor, no me lo negará.

— ¿Qué quiere usted?

— Encima de su cuarto, en el quinto piso, hay una habitación que depende de las de usted: allí vivirá yo, ¿verdad? Me voy haciendo viejo y estoy muy lejos de mis hijas. No le molestaré á usted. Sólo que estaré allí, y usted me hablará de ellas todas las noches. ¿No es verdad que esto no le contraría á usted? Cuando vuelva usted por la noche estaré yo en la cama, le sentiré á usted y me diré: « Viene de ver á mi Del-

finita. La ha llevado al baile, la hace feliz. » Si estuviera enfermo, sería un bálsamo para mi corazón el escucharle á usted volver, ir y venir. ¡ Habría en usted tanta vida de mi hija! No tendré más que dar un paso para estar en los Campos Elíseos, donde pasean á diario, y las veré siempre, no como ahora, que llego tarde algunas veces. Y ella vendrá á ver á usted, y yo la oiré y la veré también con su bata acolchada de mañana, correteando, yendo de un lado á otro como una gatita. Hace un mes que ha vuelto á ser como antes muchacha alegre y elegante. Su alma está en convalecencia, y á usted le debe su felicidad. ¡ Ah! por usted haré yo lo imposible. Hace un momento, al volver, me decía: « ¡ Papá, soy muy feliz! » Cuando me llaman *padre* ceremoniosamente me dejan frío, pero cuando me llaman *papá*, me parece que las estoy viendo pequeñas; avivan todos mis recuerdos; me siento más padre suyo, y me parece que aún no pertenecen á nadie.

El pobre hombre se limpió los ojos; lloraba.

— Mucho, mucho tiempo hacía que no había oído tales palabras y que no me daba el brazo. ¡ Ah! sí. Seguramente han transcurrido diez años sin que me haya visto andando por la calle con una de mis hijas á mi lado. ¡ Qué bueno es rozarse con su ropa, seguir su paso y sentir su calor! En una palabra, he acompañado esta tarde á Delfina á todas partes, he entrado con ella en las tiendas y la he acompañado á su casa. ¡ Ah! ¡ déjeme vivir con usted! Podrá usted necesitar alguna vez á alguien para servirle en algo; y, en ese caso, cuente conmigo. ¡ Ah! ¡ si llegara á morir ese

pedazo de leño de alsaciano, si tuviese su gota suficiente talento para subírsele al estómago, cuán dichosa sería mi pobre hija! Entonces sería usted públicamente su marido, y, por tanto, mi yerno. Porque yo, como la pobre ha sido tan desgraciada que no ha conocido los placeres del mundo, perdono todo. Tengo la seguridad de que el Dios de bondad está á favor de los padres cariñosos. ¡Le quiere á usted con exceso! exclamó, moviendo la cabeza. A la ida me hablaba de usted, diciéndome: « ¿No es verdad, papá, que tiene buen corazón y que es bueno? Dime, ¿habla de mí alguna vez? » ¡Qué sé yo las cosas que me ha dicho desde la calle de Artois hasta el pasaje de los Panoramas! Ha vaciado su corazón en el mío, de suerte que durante toda la mañana me he sentido joven y ágil, no pesaba ni una onza. Le dije que me había usted entregado el billete de mil francos, lo que la conmovió al punto de saltársele las lágrimas... ¿Pero qué es eso que tiene usted sobre la chimenea? dijo por último Goriot, que rabiaba de impaciencia viendo á Rastignac inmóvil.

Eugenio, como entontecido, miraba á su vecino con aire estúpido. Aquel duelo anunciado por Vautrin para el día siguiente contrastaba tan violentamente con la realización de sus más gratas esperanzas, que experimentaba todas las sensaciones de una pesadilla. Volvióse hacia la chimenea, vió la cajita cuadrada, la abrió y encontró dentro un reloj Breguet cubierto por una hoja de papel, en el cual se leía:

« Quiero que piense usted en mí á todas horas,
porque... »

» DELFINA. »

Aludía, sin duda, la última palabra á alguna escena ocurrida entre ellos, porque Eugenio se enterneció al leerla.

Las armas de su casa estaban esmaltadas interiormente en el oro de la caja. Aquella joya tanto tiempo deseada, la cadena, la llave, la labor artística, los dibujos, todo realizaba sus deseos. Papá Goriot estaba loco de alegría. Sin duda había prometido á su hija contarle hasta en sus menores detalles el efecto que el regalo producía á Eugenio. Participaba de las alegrías de ambos jóvenes, y no parecía el menos feliz de los tres. Quería ya á Rastignac, no sólo á causa de su hija, sino por propio afecto.

— Le espera á usted esta noche; de modo que vaya usted á verla. El pedazo de leño, el alsacianote, cena en casa de su bailarina. ¡Ja, ja! ¡vaya una cara que puso cuando mi procurador le dijo cuántas son tres y dos! ¿Pues no tiene la pretensión de estar locamente enamorado de mi hija? Como la toque le mato. La idea de que Delfina pueda ser... (y suspiró) me obligaría á cometer un crimen; pero no sería, después de todo, un homicidio, porque ese tiene la cabeza de un becerro en el cuerpo de un cerdo. Iré á vivir con usted, ¿no es verdad?

— Sí, mi buen papá Goriot, ya sabe usted que yo le quiero...

— Ya he visto que usted no se avergüenza de mí. Permítame que le abrace.

Y estrechó en sus brazos al estudiante.

— ¡La hará usted muy feliz, prométamelo! ¿Irá usted esta noche, ¿verdad?

— ¡Ya lo creo! Tengo que salir para asuntos que no puedo descuidar.

— ¿Puedo serle útil en algo?

— Sí, por cierto. Mientras voy á ver á Delfina, vaya usted á casa de Taillefer y dígame que tenga la bondad de señalarme hora para verle esta misma noche, pues tengo que hablarle de asunto de importancia.

— ¿Será verdad, joven, dijo Goriot, cuyo rostro se demudó intensamente, que hace usted el amor á su hija, como dicen esos imbéciles de abajo? ¡Ira de Dios! Usted no sabe lo que es un puñetazo de papá Goriot. Si nos engaña usted, con uno sólo quedará el negocio terminado. ¡Ah! dígame que mienten.

— Le juro á usted que sólo amo en el mundo á una mujer, y que no lo sabía hasta hace un momento, replicó el estudiante.

— ¡Oh, qué alegría!

— Pero, volvió á decir Eugenio, el hijo de Taillefer se bate mañana, y me han dicho que morirá en el duelo.

— ¿Y eso qué le importa á usted?

— De todas maneras, hay que decirle que impida á su hijo...

En este momento le interrumpió la voz fuerte de Vautrin que, cerca de la puerta, cantaba:

¡Oh Ricardo, rey mío!

El universo te abandona.

¡Brum! ¡Brum! ¡Brum! ¡Brum!

Por largo tiempo he recorrido el mundo,
Y en todas partes se me ha visto...

Tra la la la.

— Señores, dijo Cristóbal, la sopa está en la mesa, y todos esperándoles á ustedes.

— Oye, dijo Vautrin, ven por una botella de mi vino de Burdeos.

— ¿Le gusta á usted el reloj? dijo papá Goriot. Es de buen gusto, ¿eh?

Vautrin, papá Goriot y Rastignac bajaron á un tiempo y se hallaron, á consecuencia de su retraso, colocados juntos.

Aunque nunca había estado Vautrin, que tanta gracia le hacía á la viuda de Vauquer, tan decididor como aquella noche, Eugenio mostróse con él muy frío. Con todo, dijo Vautrin mil bufonadas que hicieron reír á todos los comensales, á los que supo comunicar su buen humor.

Aquella serenidad y sangre fría consternaron á Eugenio.

— ¿Qué hierba ha pisado usted hoy para estar tan alegre? dijo la viuda de Vauquer.

— Siempre estoy alegre cuando realizo buenos negocios

— ¿Negocios? dijo Eugenio.

— ¿Qué, le extraña á usted? Pues sí, señor; he colocado unas mercancías que me valdrán una gran comisión. Oiga usted, dijo, volviéndose hacia la Michonneau, cuyas insistentes miradas le habían llamado la atención, ¿tengo, acaso, en la cara alguna facción que no le pete, para estarme mirando de una manera tan particular? Dígamele usted, para quitármela si no es de su agrado... Usted no se enfadará por eso, Poiret, añadió haciendo un guiño al empleado.

— ¡Por Dios, que haría usted un buen modelo para la estatua de Hércules Burlón! dijo á Vautrin el pintor.

— ¡Con mil amores! Siempre que la señorita Michonneau tenga á bien servir de modelo para una Venus del Père-Lachaise¹.

— ¿Y Poiret? pregunto Bianchon.

— ¡Oh! Poiret hará de Poiret. Sera el dios de los jardines. Deriva de pera...

— Pasada, concluyó Bianchon. Entonces estaría usted entre la pera y el queso.

— Eso y tonterías son una misma cosa, dijo la viuda de Vauquer, y mejor sería que nos diera usted de ese vino de Burdeos; desde aquí le estoy viendo las narices á una botella. Así acabaríamos de alegrarnos, además de que nos haría un estómago de primera.

— Caballeros, exclamó Vautrin, la señora presidenta nos llama al orden, y, aunque nuestros discursos no escandalizan á la señora de Couture ni á la señorita Victorina, debemos respetar la inocencia de papá Goriot. Propongo, por tanto, que nos bebamos una pequeña *botellorama* de vino de Burdeos, doblemente ilustre por llevar el nombre Laffitte, sea dicho sin alusión política... Vamos, chino, dijo mirando á Cristóbal, el cual no se movió. ¡Aquí, Cristóbal! Cómo, ¿no entiendes por tu nombre? Chino, trae los líquidos.

— Aquí la tiene usted, señor, contestó Cristóbal, presentando la botella.

1. Interesantisimo cementerio de París.

Llenó el vaso de Eugenio y el de Goriot; después se echó anas gotas en el suyo, lo probó mientras sus vecinos bebían, y haciendo de pronto una mueca de disgusto, dijo:

— ¡Diablo, diablo! sabe al corcho. Tómalo para tí, y vete á buscar más. A la derecha, ya sabes. Somos diez y seis, baja ocho botellas.

— Puesto que usted se corre, dijo el pintor, yo pago un ciento de castañas.

— ¡Oh, oh!

— ¡Bruru!

— ¡Prrr!

— ¡Hola!

Cada uno lanzó exclamaciones como salen estados de una rueda de fuegos artificiales.

— Vamos, señora de Vauquer, haga usted traer dos de champagne, dijo Vautrin.

— ¡Me lo ha quitado usted de la boca! ¿Y por qué no pide usted la casa? ¡Dos botellas de champagne, que cuestan doce francos! No gano yo tanto. Pero si el señorito Eugenio quiere pagarlas, yo pondré algún licor suave.

— El de siempre... la consabida purga, dijo en voz baja, al oído de Eugenio, el estudiante de medicina.

— ¡Quieres callarte, Bianchon! exclamó Rastignac. No puedo oír hablar de esas cosas sin que el estómago... Bueno, venga el champagne, añadió el estudiante.

— Silvia, dijo la de Vauquer, traiga usted los bizochos y los pastelillos.

— Los pastelillos de usted son demasiado crecidos ; les ha salido barba, dijo Vautrin. Pero en cuanto á los bizcochos, ya están trayéndolos.

Rápidamente circuló el burdeos, y se animaron los comensales, aumentando la algazara. Oíanse tremendas carcajadas, entre las cuales se destacaron gritos imitando los de varios animales ; y habiéndosele ocurrido al empleado del Museo remedar cierto sonido en boga en el París de entonces, y que se parecía al maullido del gato en enero, ocho voces diferentes mugieron las siguientes frases :

— ¡ Amolar cuchillos y navajas !

— ¡ Pamplina para los canarios !

— ¡ Barquillitos, barquillitos !

— ¡ Loza que componer !

— ¡ A la barca, á la barca !¹

— ¡ Trapero !

— ¡ Sacudid á vuestras mujeres y vuestra ropa !

— ¡ Buenas cerezas dulces !

Ganó la palma Bianchon, gritando con voz gan-gosa :

— ¡ El paragüero !

Por momentos fué subiendo el diapasón de la alegría, traduciéndose en una chillería loca ; llovían las ocurrencias, los chistes ; reían, cantaban : aquello era una verdadera ópera que Vautrin dirigía, aunque sin perder un momento de vista á Eugenio y el tío Goriot, que comenzaban á presentar síntomas de embriaguez. Apoyada la espalda en la silla, ambos con-

1. Pregón con que anuncian las ostras los revendedores.

templaban aquel insólito desorden con caras graves, bebiendo apenas ; pareciendo muy preocupados de lo que tenían que hacer aquella noche, sentíanse, sin embargo, sin fuerzas para levantarse. Vautrin que, mirándolos de soslayo, seguía las diferentes alteraciones que en su rostro se advertían, aprovechó el momento en que los vió á punto de cerrar los ojos para decir al oído de Eugenio :

— Nenito, aun necesitamos un poquito más de astucia para luchar con papá Vautrin, el cual, por otra parte, le quiere á usted demasiado para dejarle hacer tonterías. Cuando yo decido que una cosa ha de ser, sólo Dios puede impedir que sea. ¿ Conque usted quería hacer la chiquillada de avisar á su papá Taillefer ? El horno está caliente, dispuesta la harina y el pan en la pala ; mañana nos lo comeremos tranquilamente. ¿ Y quería usted desbaratar la hornada ?... ¡ Ca, hombre, ca ! ¡ todo se ha de cocer ! Si sentimos algún pequeño remordimiento, la digestión lo curará. Mientras usted echa su sueñecillo, el coronel Franchesini le abrirá á usted con la punta de su espada la sucesión de Miguel Taillefer. Al heredar á su hermano, tendrá Victorina una renta de quince lindos millares de francos. He tomado informes y sé que el capital de la madre asciende á más de trescientos mil...

Oía Eugenio estas palabras sin poder contestar una ; sentía la lengua pegada al paladar y un sopor invencible. Veía la mesa y á los comensales al través de una niebla luminosa. Pronto cesó el ruido, habiéndose retirado uno tras otro los huéspedes. Cuando

quedaron solos la viuda de Vauquer, la de Couture, Victorina, Vautrin y Goriot, vió Rastignac, como en sueños, á la patrona ocupada en vaciar los restos del vino de unas botellas llenas.

— ¡Ah, que jóvenes y qué locuelos son! decía la viuda..

Esta fué la última frase que pudo comprender Eugenio.

— Para estas bromas no hay como el señor Vautrin, dijo Silvia. Miren usted á Cristóbal roncando como una peonza.

— Adiós, mamá Vauquer, dijo Vautrin. Me voy al *boulevard* á admirar al señor Marty en el *Monte Salvaje*, gran función sacada de *el Solitario*. Si quiere usted la llevo, y también á estas señoras.

— Muchas gracias, dijo la viuda de Couture.

— ¡Cómo, vecina! exclamó la patrona, ¡rehusa usted ver una función sacada de *el Solitario*, esa magnífica novela escrita por Atala de Chateaubriand, que tanto nos gustaba este verano cuando la leíamos bajo los tilos y nos hacía llorar como Magdalenas? ¡Una obra tan moral, que hasta puede instruir mucho á esta señorita!

— Nos está prohibido ir al teatro, respondió Victorina.

— Vaya; éstos ya se han largado, exclamó Vautrin, moviendo cómicamente las cabezas de Goriot y Eugenio.

Al colocar la cabeza del estudiante sobre una silla para que pudiera dormir cómodamente, le dió en la frente un fuerte beso y se puso á cantar:

¡Duerme, amor mío querido,
Que por ti siempre velaré!

— Temo que esté enfermo, dijo Victorina.

— En ese caso quédese usted á cuidarle, contestó Vautrin.

Y luego añadió en vos baja:

— Le incumbe á usted tal deber como á mujer cariñosa. Ese muchacho la adora á usted y usted, será su mujercita; yo se lo predigo.

Y finalmente, siguió diciendo en voz alta:

— *Fueron muy considerados en toda la comarca, vivieron felices y tuvieron muchos hijos.* Así acaban todas las novelas de amor... Vamos, mamá, dijo, volviéndose hacia la viuda de Vauquer, á la que dió un abrazo, póngase usted el sombrero, el lindo vestido de flores y el cinturón de la condesa. Voy yo mismo á buscar un coche para usted.

Y salió cantando:

¡Oh sol, divino sol
Que maduras las calabazas!...

— ¡Pero, señor!... oiga, vecina, dijo á la viuda de Couture, con semejante hombre viviría yo feliz en cima de un tejado. Vaya, añadió mirando al exfabricante de pastas, también está conservando la vista. Nunca se le ha ocurrido á ese viejo roñoso llevarme á ninguna diversión. ¡Dios mío, se va á caer al suelo! Es preciso haber perdido la vergüenza para emborracharse á su edad. ¡Usted dirá que nadie pierde lo que no tiene! Silvia, hay que subirlo á su cuarto.